

que ha cometido una falta y busca una excusa para no ser castigado por sus maestros, el general entró en el vestíbulo de su casa.

El profundo silencio que reinaba en toda ella, le había tranquilizado sobre las dudas que ya no tenía, y con perfecta tranquilidad de ánimo llamó la primera vez á la puerta de la condesa.

Lo que pasó, por sabido se calla.

XXXI

Al oír la respuesta afirmativa de Gabriela, el general vaciló como si hubiese recibido una herida mortal.

A pesar de haber esperado á la puerta, á pesar de los ruidos escuchados, del balcón abierto, de la turbación de su mujer y del desorden del cuarto, el infortunado conde quería aún dudar de su desgracia.

Si Gabriela hubiera sido menos altiva de carácter y más concedora de las supercherías de las mujeres que faltan á sus deberes conyugales, y hubiera tenido la audacia, á pesar de la evidencia, de negar su falta, el anciano, asiéndose al más leve punto de apoyo para no sumirse en el más profundo desconsuelo, habría hecho sobrehumanos esfuerzos para no creerla culpable: tenía reservado un tesoro de indulgencia para absolverla y perdonarla.

Ante aquella revelación súbita, se dejó caer en una silla ocultando la cabeza entre las manos.

De pronto se levantó con extraordinaria viveza y asiendo por una mano á Gabriela, —exclamó:

—¡Me engañas! ¡Aquí no había nadie! ¡Sería espantoso! ¡Has querido mofarte de mi y contestar con una broma á una pregunta que es un ultraje sara tí!

—¡Pero defiéndete! —gritó al ver que Gabriela callaba. —¡Dí lo que quieras, yo te creeré! ¡Quieres matarme al mismo tiempo que tú te condenas!

Gabriela continuó callada é inmóvil.

El general la rechazó entonces con violencia y asomándose al balcón vió en la sombra los ojos de Joel que estaba impávido á la puerta.

—Es extraño. —repetía. —El perro no le ha estrangulado. Tiene que ser algun amigo de la casa.

De pronto como si una luz hubiese atravesado su cerebro, se dió un golpe en la frente y dijo contemplando á Gabriela que se había dejado caer en el lecho.

—¡Ah! ¡Dios mio! ¡Soy un infame por imaginar semejantes atrocidades!

Y acercándose al lecho, cogió una mano de Gabriela y la dijo con dulzura:

—Escúchame. Si tu conciencia te remuerde por alguna falta, la mia me condena por haber unido tu hermosura y tu juventud á mi ruina y á mi decrepitud. Te puedo pues perdonar y me siento con la suficiente debilidad para amarte otra vez, pero con una condición. Mi honor exige que yo conozca el nombre del que me ha robado tu afecto. Dimelo y te perdono.

La condesa no contestó.

Estaba llorando.

La emoción que en un principio la había agitado, terminó por convertirse en un raudal de lágrimas que brotaban de sus ojos, abrasados por esa repentina fiebre que invade á los des-

esperados.

—¡Gabriela, hija mia! —decía el general, — ¡Te lo ruego, es mi perdón lo que te pido!

Entonces la condesa se levantó y de pie, frente á su marido á quien miraba con resignación y piedad, dijo:

—Matadme, arrojadme de aquí, haced lo que queráis. No me quejaré, ni os maldeciré. Soy indigna de vos y culpable de una ofensa por la cual no merezco misericordia. Inútil es que me preguntéis más. ¡Nada os diré! ¿Qué adelantaríamos con eso?

Gabriela pronunció tris emente estas palabras, pero había un sello tal de firmeza en ellas, que el conde comprendió que nada lo gratificaría saber.

—¡Sea! —contestó el general. —Yo por mi solo, descubriré al autor de semejante infamia pero piénsalo bien, si me niegas esta satisfacción que exijo, no obtendrás ni meca, aunque viva cien años, ni gracia ni perdón.

—¡Dios nos juzgará! Haced lo que gustéis —contestó resignada la condesa.

El general cerró el balcón y la puerta, guardó la llave en el bolsillo y se dirigió al cuarto de Farin.

Jacobo se disponía á apagar la luz para meterse en la cama, cuando el general entraba en su cuarto.

—Amigo mio —le dijo —escucha con aten-

ción mis instrucciones y siguelas al pie de la letra.

—¡Entiendo mi general!

—Vas á coger el caballo más veloz de todos y á galopar hasta París. Te diriges inmediatamente al hotel y ves si está Roberto. En seguida te aseguras de si sus caballos han salido. No te fies de nadie, inspecciona todo por tí mismo. Si está Roberto, le dices que mañana, á primera hora, tengo que hablarle. Yo te espero hasta que vuelvas. ¿Has comprendido bien?

—Sí, mi general.

—A ver. Repite lo que te he dicho.

—Que monte á caballo y galope hasta París. Veo si el capitán está en su casa, y si está, le digo que venga mañana á veros. Examino si están todos sus caballos, y vuelvo á galope tendido.

—Eso es. Despacha pronto y revienta al caballo si quieres.

—Está bien, mi general.

—Jacobo — dijo el conde con emoción — tu contestación va á decidir sobre mi tranquilidad futura. Cuento contigo y con tu discreción.

—Sí, mi general.

—Ya comprenderás que á tu edad no te encargaría de semejante misión, si no tubiese imprescindible necesidad. Tú solo puedes servirme y en tí solo confío. ¿Comprendes?

—Sí, mi general.

Y sin hacer una pregunta, sin informarse de la causa de aquella nocturna expedición, el fiel Limosino fué á las caballerizas, ensilló

á Júpiter, un magnífico caballo inglés, y partió á toda velocidad en dirección á París.

El conde de Branville volvió al cuarto de Gabriela.

—Podeis dormir sin temor — la dijo. — Ya reflexionaré sobre lo que me toca hacer. ¿Queréis decirme el nombre de vuestro cómplice?

—No.

—Está bien.

El anciano, se dirigió con paso lento, á sus habitaciones.

Allí, abatido por aquella catástrofe en la que á la vez perdía su reposo, el honor segun el mundo, su felicidad y su último amor, se echó en una butaca, y vencido por el dolor se quedó dormido.

XXXII

Cuando el general daba á Jacobo la orden de marcha á Paris, Roberto había ya atravesado al galope veloz del caballo de su amigo la plaza de la Estrella. Parecía un vencido, que por un desesperado esfuerzo trataba de escapar del enemigo.

En efecto, Roberto era una víctima del destino. De un golpe había perdido todo lo que amaba, perdiéndose á sí mismo. Se olvidaba de él para pensar únicamente en la desesperación de los dos seres que más quería en el mundo: el general, su amigo, su protector, ¡quién sabe si su padre! también estaba deshonrado por aquella espantosa é inesperada revelación. ¡Aquel corazón leal, siempre lleno de generosidad y confianza, que nunca supo prever el mal, ni siquiera sospechar que existía!

Pensaba en Gabriela, en aquella bondadosa y encantadora mujer, á quien arrastraba en

su caída por un concurso de fatales circunstancias, y que no había sucumbido á sus obseciones sino por bondad. ¿Qué sería de ella? ¿La arrojaría vergonzosamente de su casa el ultrajado marido? ¿Llegaría éste á conocer el nombre del criminal, cuya personalidad aumentaba la gravedad del crimen, añadiendo á la ofensa todas las bajezas de la ingratitud y del abuso de confianza?

Abismado por aquellos terribles pensamientos que le anonadaban, teniendo ante sí, fija la desgracia de Gabriela y del general y su siniestra situación, no sabía hacia dónde caminaba.

Dudaba si los acontecimientos que en un momento se habían sucedido, eran efecto de una pesadilla ó de una alucinación.

Dick continuaba galopando. Sus ágiles remos le llevaban á través de las desiertas y mal alumbradas calles con la vertiginosa velocidad de los jockeys en los últimos metros de una carrera disputada.

Los cabellos del capitán se impregnaban de la humedad de la noche, y un aire templado azotaba su calenturiento rostro.

Los guardias de seguridad, á la luz de los mecheros del gas, paseaban de dos en dos, con fatigado paso, á lo largo de las aceras.

Los barrenderos, la cabeza envuelta en harapientos tapabocas, llegaban á sus puestos provistos de inmensas escobas que llevaban á la espalda.

Todos miraban con curiosidad aquel ginete que huía, al galope, de un invisible enemigo.

De pronto el animal se paró.

Estaba á la puerta de su amo.

Roberto saltó con ligereza del caballo, y llamó.

El ordenanza, fiel á su consigna, estaba allí.

El capitán le entregó las riendas de Dick, y se lanzó al cuarto de su amigo, que dormía profundamente, y le despertó con rudeza.

¿Quién anda ahí?—preguntó de Tresmes.

—Levántate.—contestó su amigo.

—¡Ah! Eres tú ¡Seré tonto! Casi he tenido miedo. Pero hombre, ¡qué original eres! Venir á despertarme á semejantes horas.

—No bromees. Escúchame que no se trata de cosa de risa.

—¡Diablo! ¡Qué semblante tan descompuesto! ¿Qué te ha sucedido?—preguntó el teniente arrojándose de la cama y comenzándose á vestir.

—¡Una desgracia espantosa!

—¡El general os ha sorprendido!

—Sí, pero afortunadamente ignora el nombre del cómplice de Gabriela. ¡Esa noble mujer ha tenido el valor de callar! Yo he huido como si fuese un ladrón ¡Oh! me dan intenciones de matarme.

—No te precipites. Siempre hay tiempo para cometer esa tontería.

Roberto puso al corriente á su amigo, en dos palabras, de los sucesos de aquella noche. De Tresmes le escuchó con atención.

—El mayor desastre que puede sucederos y que a todo trance hay que evitar, es que el general averigüe que eres tú quien le ha engañado. ¡Eso sería espantoso! Tenía razón la condesa.

¿Y qué hacer?

—Vete en seguida á tu casa. Acusátate; que se ignore que has salido. Es muy posible que envíe á alguien en tu busca y ya comprenderás que es preciso que te encuentre en tu casa. ¡Date prisa! ¿Quién sabe? Sin duda puede hacerlo, enviar á alguien á París durante la noche. Aprovecha el tiempo que tienes de ventaja. ¿Quieres que te acompañe?

—Es inútil. ¡Pobre Gabriela!

—¡Pobre general!—objeto De Tresmes.— ¡Qué desgracia para él!

—¡Es verdad! ¡Qué desgracia para él que es inocente de nuestras faltas.

—Sobre todo, Roberto, no cometas tonterías. El mal no es tal vez tan grande como tu piensas. Ten calma y firmeza. ¡Hasta mañana! ¿Me prometes hacer lo que te he dicho?

—Sí.

—¡Y de no decidir nada, sea lo que fuere, sin darme antes conocimiento?

—Sí.

—¿Me lo juras por tu honor?

—Te lo juro.

Roberto se despidió dando un apretado abrazo á su buen amigo De Tresmes, quien para ocultar la emoción que de él comenzaba á apoderarse, se retorcia el bigote con enérgico ademán.

Comprendía que se estaba preparando una terrible catástrofe.

—¡Pobre general! ¡Pobre Gabriela!—repetía sin cesar el bueno de De Tresmes.

XXXIII

La condesa había escuchado con terror el galope del caballo que llevaba á Jacobo en seguimiento de su amante.

Supuso que el general había adivinado el nombre del culpable, y fué con ansia mortal á esperar la vuelta del emisario de su marido.

A las cinco de la mañana, insensible al frío, que la hacía temblar bajo su peinador de batista, asomada al balcón de su cuarto, dejaba vagar sus ojos por el sorprendente y magnífico panorama que se extendía ante su vista.

Versalles en lontananza, con su interminable y frondosísimo parque; más cerca, infinidad de hotelitos rodeados de floridos jardines, ya llenos de los alegres ruidos, que indican en el campo la llegada del día.

El galope de un caballo que se paró frente al hotel la hizo estremecer y salir de su éxtasis. Gabriela se inclinó para ver quién llegaba. En aquel momento Jacobo se apeaba del ca-

ballo, el cual, cubierto de sudor y de espuma, relinchaba de alegría al reconocer la puerta de las caballerizas.

Al pasar bajo el balcón de Gabriela, Jacobo pareció extrañarse de verla en el balcón, y la saludó con su habitual respeto.

Aquel saludo la tranquilizó.

Seguramente el fiel criado del general no sabía nada, pues de lo contrario hubiera tomado la defensa de su amo y hubiera tratado á Gabriela como á un enemigo.

La condesa se separó del balcón y escuchó á Jacobo llamar discretamente á la puerta del general.

Entonces sigilosamente se acercó á la puerta que comunicaba sus habitaciones con las del general, y escuchó.

El general hablaba en voz baja, pero sin embargo, pudo comprender el sentido de su conversación con el ayuda de cámara.

—¿Qué has hecho?—preguntó el general.

—Mi general, he ejecutado vuestras órdenes. He corrido más que el viento. Júpter—el caballo—os lo podrá demostrar..... ¡creo que ha cambiado de pelo! Tardé tres cuartos de hora en llegar al hotel. Mauricio, el portero—otro inválido—creyó, al verme, que había ocurrido alguna desgracia.

—¿Y despues?...

—Después subí directamente al cuarto del capitán. Todo estaba en orden.

—¿Y él?...

—Dormía profundamente. Creo que hasta roncaba, y me costó algún trabajo el despertarle.

Si la puerta hubiese sido de cristales, la po-

bre Gabriela habría visto agitarse el pecho del conde como si le quitasen un gran peso de encima.

Jacobo continuó:

—Al abrir los ojos—para ello tuve necesidad de sacudirle duramente. Esos jóvenes duermen como borregos.—Al abrir los ojos, repito, lanzó un grito: ¡Ay, Dios mío! ¡Qué pasa? ¡Está malo el general y vienes á buscar á un médico?

Yo le tranquilicé y le rogué de vuestra parte que viniese hoy por la mañana. Lo que así me prometió. Quiso venirse conmigo. Se lo impedí, y bajé á las caballerizas del hotel. Los dos caballos del capitán estaban durmiendo tranquilamente y no tenían un solo pelo mojado. Después de cumplimentar vuestras órdenes, monté otra vez á caballo, y aquí me tenéis. ¡Ah! Se me olvidaba deciros que el capitán me preguntó el objeto de mi llegada, pero yo no he podido decirle más que lo que sabía; es decir, absolutamente nada.

Gabriela se tranquilizó y volvió á su cuarto. La desgracia que más temía, estaba evitada.

—¡Dios es bueno! —dijo arrodillándose á los pies de su lecho.—¡Solo me he perdido yo!

El general continuaba preguntando á Farin:

—¿No has notado nada por el camino?

—Nada, mi general. Es decir, sí. Dos guardabosques que llevaban preso á un cazador furtivo.

—¿Nada más?

—Eso solo.

—Vete á desanzar, mi pobre Jacobo, y trata de que cuiden bien al caballo.

El ex cabosaludó militarmente, y para pensar su trabajo de aquella noche, se dirigió á las cocinas, las cantinas, según él las llamaba, y se procuró un buen trozo de jamón y una botella de Burdeos suave como el terciopelo.

—Yo no sé lo que pasa; pero me parece—pensaba el viejo Jacobo—que las cosas ya no marchan tan bien como antes. ¡Aquí hay gato encerrado!

Y para prepararse para los acontecimientos, se bebió otra segunda botella, completando su cena con medio queso, oriundo de la quinta, que en tan mala hora se había incendiado.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXXIV

El ayuda de cámara y Rosa eran los únicos criados que tenían sus habitaciones y dormían en el castillo.

Los otros sirvientes, tales como los cocineros, pinches, cocheros, jardineros ó conserjes habitaban en el pueblo ó en los pabellones anexos al parque.

Todos ignoraban lo ocurrido, pero comprendían que algún grave acontecimiento se había desarrollado la noche anterior.

Rosa y Jacobo se vieron acosados de preguntas; pero Jacobo, encerrándose en un mutismo absoluto, respondía invariablemente:

— Vosotros querriais que hablase, pero buen chasco os lleváis.

Se parecía á aquel favorito de un príncipe que, encargado de una secreta misión, hacía alarde de la confianza de su soberano para conseguirla más ámplia.

Rosa estaba indudablemente más al corriente de los sucesos.

Las mujeres tienen el sueño más ligero y atento el oído á los menores ruidos, sobre todo cuando el amor de otras, ó el suyo propio, está en juego.

La alegre doncella había, pues, adivinado la catástrofe, ó mejor dicho, había seguido paso á paso todos los incidentes. Conocía la intriga y los criminales amores de su señora con el capitán; pero su cariño por Gabriela, que tenía algo del que tiene el perro por el dueño que le ha creado, le cerraba la boca, y respondía á todas las preguntas de los demás criados que no había sentido la llegada del general por haber pasado toda la noche durmiendo en un sueño pesado y profundo.

A las ocho de la mañana se decidió, y no sin pena, á entrar en el cuarto de Gabriela.

La causa de su indecisión no era otra sino que comprendía vagamente que ella tenía parte, por sus indiscreciones, en la desgracia de la condesa. Así, al menos, se lo daba á entender su conciencia.

Gabriela no había tratado de reparar el desorden de sus habitaciones.

Todo estaba como en el momento en que los dos amantes fueron sorprendidos por el general.

Al ver el aspecto de los muebles, la doncellita reconstituyó en su memoria la escena de la noche anterior.

Comprendiendo la inmensa desgracia que afligía á su señora, pensó dedicarse á su consuelo.

En realidad, Rosa era una buena y excelente criatura.

Una de sus miradas se cruzó con otra de los apagados ojos de Gabriela.

Aquella mirada era una nueva declaración de cariño, de fidelidad hácia su señora.

Así lo comprendió la condesa, y la devolvió un poco del valor de que tanto necesitaba.

—¿Quiere la señora que la vista?—preguntó Rosa.

—¿Para qué?—contestó la condesa con desaliento.

—Para hacer lo que todo el mundo. El sol luce y presta alegría á la campiña como todos los días. Supongo que en nada habrán cambiado las costumbres de la casa.

—¿Qué están haciendo los criados?

—Están ocupados en sus tareas ordinarias.

—¿Y Jacobo?

—¿Jacobo? ¡Oh! No os ocupéis de él. Se cuida con su acostumbrada inteligencia, y si hoy muriese, no sería seguramente de hambre y de sed.

—¡Ese pobre viejo ha pasado muchas fatigas desde ayer!

—Sí—dijo con indiferencia Rosa.—Ya lo sabemos; ha sido por la desgracia de ayer.

—¿Cuál?—preguntó con viveza la condesa.

—La señora lo sabe. ¡Una desgracia considerable! La pérdida que acaba de sufrir el señor conde con el incendio de la quinta de Branville. ¡Aquella hermosa posesión que visitamos á los pocos días de vuestro enlace!

Gabriela tuvo un sobresalto de contento.

En efecto, aquello era un efecto plausible, suficiente para explicar los viajes y las carreras del día anterior.

Algo más tranquilizada por las palabras de

su doncella, su rostro expresó menos abatimiento y menos tristeza.

—Mal hace la señora—continuó Rosa—en preocuparse por tan poca cosa.

Mientras continuaba entreteniendo á Gabriela con sus habladurías, la bella camarera comenzó á preparar la "toilette" de su señora.

—¿Qué vestido ponemos hoy—dijo Rosina

—El de falda negra con cuello á lo Enrique III? ¿Si? Entonces peinaré á la señora según la moda de aquellos tiempos. ¡Muy pálida está la señora hoy! ¡Habrá que poner un poco de carmin!

Y Rosa la presentó un espejo de mano, de plata cincelada.

La condesa tuvo miedo al mirarse. Estaba lívida. Las emociones sufridas durante la noche la habían dejado huellas, casi arrugas en su rostro terso y pulido como el mármol.

—Tienes razón—exclamó maquinalmente—estoy horrible.

Y como ninguna mujer, ni en los más críticos momentos de su vida, le gusta estar fea, se entregó en manos de Rosa, quien, con un arte y dulzura dignos de todo elogio, la puso en estado de defender sus intereses ante un areópago de jurados, accesibles á las tentaciones de la carne.

No era un trabajo difícil. La juventud posee insagotables tesoros, y Gabriela era de una naturaleza vivaz y floreciente.

Cuando Rosa hubo terminado de arreglar á la condesa, ésta se miró de nuevo en el espejo, y una triste sonrisa asomó á sus labios.

Rosa la cogió al vuelo y dijo:

—Estoy segura de que la señora está ya me-

nos disgustada de la vida. El traje es como el dinero en un portamonedas: devuelve el valor á los que le han perdido.

Un ligero ruido se escuchó en el pasillo que comunicaba con el cuarto del general.

Poco después la puerta se abrió, dejando paso al conde.

En seis horas había envejecido diez años.

Caminaba pensosamente y tropezando á cada paso.

Sus casi cerrados ojos se resistían á ver la luz.

Únicamente conservaba la distinción, que jamás le había faltado.

La vispera, era un hombre fuerte y bien conservado.

En pocas horas llegó á la decrepitud, y tocaba casi en la decadencia final.

Bajo la rigidez militar de su aspecto, se adivinaba un gran sentimiento moral y una debilidad extremada.

El conde se sentó ó hizo señal á Rosa de que les dejase solos.

La condesa estaba, en apariencia, tranquila. Esperaba los acontecimientos. Su marido se había trocado en un adversario ó en un juez.

Gabriela se reconcentró en sí misma y preparó su defensa.

— Gabriela—comenzó el conde—no seré severo para vos. Me cuesta mucho trabajo hablaros de lo ocurrido, pues jamás, durante mi vida, he tenido precisión de remover semejante aventura. Sin embargo, es preciso. Es al menos indispensable que sepamos cómo, desde hoy, hemos de vivir. Yo juzgué vuestro

carácter como superior á las debilidades vulgares. Ya veo que me equivoqué. Tal vez sin saberlo, os habré faltado en algo. No trato de excusarme. Estoy castigado muy cruelmente, y el castigo supera á la falta.

El conde hablaba con gran dificultad. Su firmeza tenía pena de triunfar de su emoción; á cada instante estaba obligado á callar para tomar aliento.

Hubiérase dicho que mendigaba una explicación, un grito de perdón, para romper á llorar y perdonar; pero Gabriela no respondió una palabra.

El general continuó:

—Como á otras mujeres, os ha agrado tener un amante. Me hago justicia y no os trataré como á una criminal; pero os advierto que mientras yo viva no le volveréis á ver. Por otra parte, como ignoro su nombre, que vos me callais, y no puedo, como deseo, lavar esta ofensa, y como no me conviene que algún día, en cualquier sitio, pueda encontrarme con un hombre que tenga el derecho de ponerme en ridículo, y como creo que en todas partes se reirán de mí, por eso, repito, he decidido renunciar á la vida aristocrática que llevamos, retirándonos á un parque solitario donde, siendo desconocida vuestra falta, yo no temeré que se burlien de mí. Es una muerte anticipada, convengo en ello, pero yo soy desde ahora indiferente á todo lo malo que me pueda suceder. Respecto á vos, presumo que pronto os veréis libre de mi presencia. La muerte no tardará en buscarme. Además, no soy yo quien debe preocuparse del porvenir, y vos

juzgaréis del resto de vuestra existencia como mejor lo entendáis.

El general, sin duda, aguardaba alguna réplica. No la obtuvo. La condesa permaneció callada.

Después de una larga pausa, el conde continuó:

—¿No tenéis ninguna observación que hacerme? ¿Me juzgáis demasiado severo? ¿Crecéis que podría obrar de diferente modo?

—Nada os pido—contestó la condesa—aceptaré el castigo que os plazca imponerme.

—Una cosa me preocupa. Ya hace algún tiempo que me engañáis. Para pensar así me fundo en una prueba que tal vez vos ignoráis. Vuestro con plice es un amigo de casa.

Gabriela se estremeció.

—¿Por qué?—preguntó.

—Cuando huyó, Joel no ha ladrado, y Joel es un guardián como no hay otro. Si no le conociese, le habría estrangulado, y os lo confieso, así lo esperaba yo. Entonces, dijo irguiendo la cabeza—hubiese tenido el derecho de perdonaros.

El general se levantó y dió algunos pasos acercándose á su mujer.

—¿Cuánto tiempo necesitáis para terminar los preparativos de viaje?

—Estaré dispuesta cuando vos queráis.

El conde se encaminó hacia la puerta.

Al llegar casi á franquearla, se volvió hácia su mujer y dijo con temblorosa voz:

—Gabriela, ¿no queréis concederme la gracia que solicito, saber quién os ha perdido?

—No.

—Entonces, que Dios os perdone. ¡Yo no os

perdonaré jamás!—exclamó, alejándose, con desprecio.

Si le hubiese sido posible ver el rostro de su esposo, habría sorprendido en él gruesas lágrimas que rodaban sobre las mejillas del desgraciado anciano. Eran las primeras que desde la muerte de su madre vertía.

¡Gabriela debía expiarlas cruelmente!

XXXV

Cuando Roberto llegó á Bal-Air eran las diez de la mañana.

El general se encerró con él en su cuarto, donde estuvieron solos los dos hasta la hora del almuerzo.

Al indicar la campana que el almuerzo estaba servido bajaron al comedor.

La condesa se había excusado, alegando estar indispuesta.

El general y su ex-ayudante hicieron una de las comidas más tristes de su vida.

Al hacerle su protector la revelación de su desgracia, no pudo Roberto, por más que así trataba de hacerlo, decidirse á consolarle. Estaba más abatido que el mismo general. En vano trató de tomar la defensa de Gabriela, de invocar circunstancias engañadoras y la imposibilidad de una falta, de que no se debía creer capaz á la condesa.

Siempre tropezaba contra un obstáculo insuperable.

Gabriela no quería defenderse. Por tanto, ¿qué marido después de haberle confesado el delito, se contenta con una explicación que tenga más ó menos visos de veracidad?

El general le manifestó que su decisión era irrevocable. Era, por tanto, inútil tratar de disuadirle.

Roberto conocía la inflexibilidad del conde respecto á las cosas que se relacionan con el honor.

Ni siquiera, por temor de venderse, se atrevió á visitar á Gabriela.

Después de almorzar el general y Roberto, subieron en una berlina y marcharon á París.

La infortunada Gabriela, medio oculta por los visillos de su ventana, esperaba el momento de ver á su amante, aún más deseado por los sufrimientos que por su causa le sobrevenían.

La casualidad la sirvió á medida de sus deseos.

Mientras que el general, seguro de la fidelidad de Jacobo, le decía: Te prohibo terminantemente que bajo ningún pretexto permittas á nadie la entrada en el castillo, Gabriela vió á Roberto, y dirigiéndole una mirada en la que le enviaba toda su alma, le hizo saber que era dichosa con verle y que su marido ignoraba quién era su cómplice.

El camino lo recorrieron silenciosamente.

Al llegar á la plaza de la Estrella, dijo el general á Roberto:

—Yo voy á enterrarme en mis dominios de Traignac; pero ¿tú continuas deseando alejarte de París?

—Más que nunca, puesto que vos me faltáis. Vos érais lo único que me detenía.

El general dijo al cochero:

—Al Ministerio de la Guerra.

El ministro le recibió inmediatamente.

Antiguos compañeros de promoción, el general y el ministro se abrazaron con cordialidad; pero su excelencia se quedó sorprendido del cambio operado en la fisonomía de su amigo.

Del gallardo Branville que él conocía, no quedaba más que una ligera sombra que apenas le recordaba.

El general le indicó el objeto de su visita.

—¿Y dónde vais á enviarle?—preguntó el conde, terminando su petición.

—Donde qu'eras. Siempre hay que hacer estudios en todas partes. Además, que yo conozco la capacidad de tu protegido. ¿Queréis ir á Alemania?—añadió dirigiéndose á Roberto.

—Está muy cerca—dijo de Pontis.

—¿Diablo! ¿Y á Rusia?

—Hace poco estuve allá. Preferiría otro país, señor ministro.

—El Egipto es un país muy triste.

—Ese es lo que prefiero.

—¿Cuándo queréis partir?

—Cuando vos me lo ordenéis.

—Mañana podéis venir á recoger las instrucciones.

La conversación versó sobre otros asuntos, y después de algunos instantes el general y Roberto se despidieron del ministro. Este les acompañó hasta la puerta, donde haciendo pasar primero al conde y mientras un orde-

nanza le presentaba el abrigo, dijo en voz baja á Roberto:

—No debíais, en estos momentos, separaros del general.

—¡Ah! Yo bien quisiera, pero es preciso.

—Es á muy delicado. ¿Ha tenido alguna violenta decepción?

—No, que yo sepa, señor ministro.

—Le conozco bien y creo que sí. Para que un hombre como él se derrumbe de este modo, tiene que haberle sucedido algo extraordinario. Cuidadle mucho, y sobre todo, no estéis ausente mucho tiempo.

Y se despidió de Pontis, dándole un enérgico apretón de manos.

El general dedicó toda la tarde en poner orden á sus asuntos, é hizo una larga visita á su notario el señor Bineau.

Allí se despidió de Roberto.

—No tienes necesidad de subir.

Sin embargo, para ocuparse de él, visito al notario.

Antes de separarse añadió:

—Vete á buscar á de Tresmes. Quiero distraerme y su buen humor me divierte. Comeremos reunidos. Acaso será por última vez.

Los tres se reunieron en la misma mesa, donde tan tranquilos estaban el día anterior.

¡Qué revolución en aquellas existencias durante las últimas veinticuatro horas!

Cuando el general se separó de Roberto, que le había acompañado hasta la Porte Mailhot, se arrojó en sus brazos y le oprimió sobre su corazón, como si fuese la última vez que se iban á ver.

—Ya estarás contento—le dijo.—Has obte-

nido lo que d seabas ¡Ojalá pudiera yo decir lo mismo! Mi vida se acaba. Tal vez ya no nos veremos más en este mundo. Todas las semanas, más á menudo aún, me escribirás, ¿no es cierto? No olvides que tus cartas serán mi único consuelo.

—Os lo prometo—dijo el joven con los ojos llenos de lágrimas.

Y creyendo el momento favorable, añadió:

—¡Padre mio, sed misericordioso!

El anciano se volvió con rapidez y no contestó:

—¡Adiós! —te dijo. — ¡Acuérdate de nosotros!

La berlina se alejó rápidamente, arrastrada por dos magníficos caballos.

XXXVI

Ocho días después, al finalizar el mes de Junio, un viernes, el antiguo castillo de Traignac presentaba una animación extraordinaria.

En sus amplios y enlosados patios pisaban inquietos caballos, las cocinas estaban llenas de alegres marmitones y los mozos de las caballerizas del general, estaban encantados del venerable aspecto de aquella residencia y de la extraña fisonomía de los limosinos que constituían su guardia.

El general acababa de instalarse con sus criados de más confianza en aquellas soleadas, donde, según les había anunciado, pensaba pasar una larga temporada.

Todo su pequeño séquito se entregaba con alegría al placer de la novedad, y no se entristecía un al pensamiento de un largo destierro en aquella Siberia.

Los guardas y los jardineros habían tenido la precaución de procurarse las cosas necesa-